

PERROS DE LLUVIA

IGNACIO REYO

► VIVIMOS COMO MORIMOS: SOLOS

Ahora que me encuentro refugiándome del frío inherente a nuestra ciudad leyendo un libro de artículos sobre USA de Martin Amis, la siguiente columna será sobre la literatura del país de Sarah Palin y Camille Paglia.

Literatura estadounidense

Hace no mucho estuve hablando con alguien sobre por qué los escritores estadounidenses han conseguido a lo largo de los años del siglo pasado más relevancia que, por ejemplo, los españoles. Quizá porque Estados Unidos es el país cinematográfico por excelencia, tanto a nivel paisajístico como por la sencilla razón que todo lo convierten en cine. El cine es un medio idóneo para que la gente tenga una primera toma de contacto con autores como Capote o Tennessee Williams, y que la repercusión de los mismos sea mayor.

Otra cuestión obvia e indicadora del éxito de la literatura estadounidense, es, la popularidad de sus escritores. Los novelistas terminan fagocitados o se inmiscuyen, dependiendo del caso, por o en los mass media y la fama, siendo una estrella más del firmamento de celebridades. Capote, Norman Mailer, Hemingway...eran de ese tipo de personas más grandes que la vida. Su propia existencia supuraba literatura. Tan exagerados, egocéntricos, bipolares, ambivalentes, brutalmente terneros...y eso, por fortuna o desgracia, no lo hemos tenido en España en el siglo veinte. Quizá con Paco Umbral, pero es solo una excepción a la regla. Tampoco en Estados Unidos hay ya escritores como los de



antaoño, pero aún quedan muchas de las características que pusieron en relieve.

Si Norman Mailer cometa un escándalo, y era adicto a los escándalos) se reflejaba en los periódicos. Aquí, como mucho, se reflejará la última boutade de Arrabal en un pequeño espacio de la sección de Cultura. Aquí, los únicos escándalos los puede dar uno de los habituales plagios de Lucía Extebarría o las bufonadas de macho con sentido del honor de Arturo Pérez Reverte o Juan Manuel de Prada en su intento de ser un Chesterton de siglo veintiuno. Es una cosa muy simple, y no se refiere en sí mismo a la literatura, hablamos de «vender» literatura, vender la imagen del escritor moderno, ese escritor que comenzó siendo un reflejo del pensamiento y sentido occidental, con todos sus errores y extravagancias.

Esas son, grosso modo, el por qué cualquier autor del otro lado del charco, de ese país que puede ser el mejor o el peor del mundo, dependiendo de cómo lo afrontes, tiene más éxito y rostro reconocible que nuestros escritores españoles. Incluso es viable en nuestros modelos análogos, parecidos a sus coetáneos. En los Ray Lorigas, Mañas y demás novelistas intentando ser, tardíamente, y adaptándolo a sus propias referencias y circunstancias, Charles Bukowski o Brett Easton Ellis.

Todo lo que recibimos de allí debe ser antes diseccionado, para encontrar el fraude, el engaño, el error. Entre las promesas baldías tenemos el ejemplo de Chuck Palahniuk. Una primera gran novela, otro par auto plagiándose, y finalmente, el tedio más absoluto y odioso, queriendo escandalizar con billetes de goma y escabrosas noticias sensacionalistas. En Dennis Cooper, en cambio, encontramos el otro lado de la moneda, un autor visceral, sangrante, realista y no para todos los públicos.

TRIBUNA LIBRE

La responsabilidad del malestar emocional

FERNANDO PÉREZ DEL RÍO*

Que un paciente llegue a la consulta pidiendo una receta farmacológica o psicológica que le dé una solución más o menos inmediata a su problema, está dentro de los lógicos parámetros de la clínica. También es frecuente llegar a la consulta afirmando que no se es conecedor de lo subjetivo de la queja.

Pero lo diferente hoy en día, y con lo que nos encontramos con más frecuencia, es que el paciente no se suele sentir responsable de lo que le ocurre en relación a su malestar.

El dolor emocional, es algo que se externaliza en otros, se atribuye por ejemplo a la sociedad, al sistema, a la familia, al secreto alcoholismo del abuelo, a la educación, a los malos profesores, ¡a la pareja!, y cada día con más frecuencia; a la biología y la genética. En relación a estos cambios el antropólogo Paul Rabinow (2006) afirmaba lo siguiente en The New York Times: «la vieja visión liberal del mundo de que todo es una cuestión de fuerza de voluntad sigue muy presente en Estados Unidos, pero la genética se ha convertido en una fuerte contracorriente.» Ante la pregunta clásicamente freudiana del siglo pasado, aunque en desuso: «¿Y usted qué tiene que ver en todo esto?». La respuesta es un largo silencio, en el mejor de los casos.

Cuando se comienza un tratamiento; sobre todo en los tratamientos farmacológicos, la responsabilidad tanto del problema como de la solución al malestar es ubicada en el clínico, es trabajo y responsabilidad del terapeuta aliviar o curar esa molestia, es pues al experto clínico a quien se le otorga ese supuesto saber y deber. Como afirma un clínico y vecino de Valladolid, José M^a Álvarez (2006), «ese hurto de la responsabilidad, ese empeño en disociar el pathos y el ethos de los antiguos, culminó en un nihilismo terapéutico, tanto más recalcitrante, cuanto que se privó al propio sujeto de hacerse cargo de inventar alguna solución para su desdicha.»

No es extraño que en determinados foros sobre drogodependencias se lleguen a plantear opciones tales como que; sea condición necesaria a la hora de ingresar, que los pacientes tomen metadona. Esgrimiendo «para mayor inri» razones tales como, es mejor medicar para prevenir la posible e hipotética recaída. Este sería un grado extremo en donde al paciente es investido definitivamente de irresponsabilidad e inmadurez. Una alienación que me trae a la memoria el inquietante «un Mundo Feliz» de Huxley (1932), o a la obligación de tomar soma en la novela «1984» de G. Orwell.

Que la dolencia sea atribuida a la genética o a lo biológico es un bálsamo en forma de alivio pa-

ra muchas personas; para muchos es lo mejor que les podía pasar, llega a ser casi como su ideal para eludir cualquier responsabilidad; ya que no tienen que buscar ni sortear en su interior, ni en lo que les rodea solución alguna, ya no tendrán que interperlar con su sistema familiar. No hace falta ser creativo a la hora de hacerse un cuestionamiento personal para procurar soluciones; a renglón seguido exigirá al clínico diciendo: -denme la solución, esto que me pasa, esto de lo que sufro no tiene que ver conmigo-.

Pero para otras personas que desean cambios estables y duraderos, para las personas que gus-

Un sistema, a modo de «ente» abstracto, que es quien se siente en la obligación de cambiar y asistir a las personas; se siente responsable, ya que también es quien las influye y moldea.

El sistema y lo circular de las relaciones que se establecen también pueden influenciar profundamente a las personas de manera que su responsabilidad se vea disminuida, de forma que ellas ya no acudan a sí mismas o actúen gobernándose a sí mismas; si no que acuden a otro nivel superior responsable de haberlas moldeado e influenciado. De tal modo, como antes mencionábamos, que se vivencia la capacidad de decisión de las personas como menor, menguada. Esta es otra de las paradojas actuales, ya que las personas se encuentran en un escenario donde toman multitud de decisiones pero no en relación a su malestar emocional.

En la actualidad consideramos que en un lógico escenario de presión uno puede ver diezmada su capacidad de tomar decisiones en cuanto a su malestar, y por lo cual su responsabilidad es menor. Por consiguiente se pone a tiro responsabilizar a otros de su queja. De esta manera asistimos a una larga lista de personas «victimas-afectadas» que hacen responsables tanto de sus quejas como de la solución de sus problemas a otras personas; sobre todo a los clínicos.

Pero sin embargo y paradójicamente, la felicidad, si es entendida como una responsabilidad para las personas. Si tiene que ver con ellas mismas. Así pues, nos encontramos ante personas que; por un lado no se responsabilizan de sus quejas, no siendo una obligación el analizar o aceptar el dolor emocional, y, en cambio, si sienten como una responsabilidad, incluso una obligación con tintes de imposición; el ser felices.

Estoy de acuerdo con Lasch (1999) quien asevera que «la salud mental positiva y la búsqueda de un continuo estado psicológico ausente de malestar, [...] parece ser inversamente proporcional a la calidad de vida moderna.»

Debemos admitir que no responsabilizarse del malestar emocional es evitar una parte de uno mismo y esa desfragmentación desorienta, desdibuja, y nos hace paradójicamente más frágiles.

En definitiva, las personas tenemos recursos suficientes para enfrentarnos al malestar, para reconocerlo, para asumirlo, para gestionarlo, tenemos muchas capacidades y en numerosas ocasiones; si miramos un poco atrás seguro hemos realizado verdaderos malabarismos para superarnos a nosotros mismos, algo que hemos hecho más veces de lo que pensamos.

* Fernando Pérez del Río es psicólogo y participa en el Proyecto Hombre de Burgos

«Las personas tenemos recursos suficientes para enfrentarnos al malestar, para reconocerlo, para asumirlo, para gestionarlo»

tan de ser responsables de su vida; el atribuir su malestar a la genética supone un verdadero suplicio y una condena; hagan lo que hagan, ya no podrán hacer frente al problema de ninguna manera, percibiéndose sin control ni competencia sobre lo que las rodea; sintiéndose invalidados, y la voluntad, si es que la hubo; quedará para el recuerdo. La persona pasa a ser un títere.

Este hecho en su generalización se puede convertir, a su vez, en un síntoma social. Un síntoma social que se manifiesta en forma de crítica y en el intento incisivo de hacer responsables a otros de cualquier necesidad personal o cualquier necesidad colectiva. Pero sobre este tema hablaremos otro día.

El cambio social actual nos muestra que la responsabilidad del malestar de las personas ha derivado en gran medida a ser una responsabilidad del sistema. La responsabilidad personal pasa al sistema social «nebuloso», y su relación de fuerzas -como diría Michel Foucault-

CARTAS AL DIRECTOR

Las cartas enviadas no excederán de 20 líneas mecanografiadas. EL CORREO DE BURGOS se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Las cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quien las envía. EL CORREO DE BURGOS podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección. La dirección de correo electrónico: info@ecb-elmundo.com

Dejen en paz nuestras cajas

Sr. Director:

La fusión de las cajas de ahorros de esta Comunidad Autónoma está a punto de consumarse, aunque lo llamen integración y digan que la territorialidad se va a conservar, esto no hace sino más

insultante la operación; porque lo que quieren decir con lo de integración, o cualquier otra palabra que se saquen de la manga, es que a la hora de captar el pasivo, el ahorro de los burgaleses, de los segovianos o de los abulenses (los únicos con cajas de ámbito provincial), se mantendrán las oficinas actuales, con el nombre y los logotipos correspondientes; así que aparentemente todo será igual. Sin embargo, las inversiones, las carteras industriales y, de hecho, la obra social, serán gestionadas por un ente común a las seis cajas de la Comunidad Autónoma; por cierto, premio al que adivine donde tendrá su sede. Esto, lisa y llanamente, significa que

a la hora de recoger seremos burgaleses, abulenses o segovianos; pero, a la hora de gastar o invertir, todos vallisoletanos, para mayor gloria de nuestra Capital y Corte.

Ya de por sí la operación huele a chamusquina, a manejo de los políticos de la Junta vallisoletana para meter la mano en las cajas de todos o, lo que es lo mismo, en nuestros bolsillos; pero, además, se produce justo cuando, en un reciente estudio de la CECA, se pone de manifiesto que las cajas que proceden de fusiones anteriores como es el caso de Caja España y de Caja Duero son de las más ineficientes de España; mientras que las pequeñas, Caja Bur-

gos, Caja de Segovia y Caja de Avila están en los primeros lugares del ranking. Esto echa por tierra la presunta fortaleza asociada a un mayor tamaño, que es lo que nos quieren hacer tragar estos políticos vendidos al voraz centralismo de Valladolid. Por último, en recientes declaraciones, el Sr. Quintás, presidente de la CECA, apuesta porque este tipo de entidades vuelvan, especialmente en estos momentos de crisis financiera, a recuperar su carácter y arraigo local; rechazando las fusiones forzadas por la crisis, que, según su opinión, tienen costos muy significativos y a veces producen un desgarramiento social. J. Amo. Burgos.